

ARAGONESISMO EN EL HABLA ALBACETEÑA

M.^a Josefa García Payer

M.^a Josefa García Payer es albaceteña de adopción, y, actualmente, profesora titular del Departamento de Lengua y Literatura de la E. U. de EGB de Albacete. Su investigación se orienta, por un lado, hacia la EGB, y, por otro, hacia la lingüística y la literatura abaceteña. Ha hecho el estudio previo a la edición de "La Manchega", del marqués de Molins, y una tesina en la Universidad de Murcia sobre "El Habla de Alborea".

Cuando Nebrija, en los albores de nuestro Renacimiento, concibe la "lengua como compañera del Imperio", sólo concreta en un axioma lo que en la práctica se venía haciendo desde los tiempos históricos. Creo que en la antigüedad el ejemplo más patente puede ser Roma.

Quiero hacer notar, en este artículo necesariamente breve, cómo sobre el castellano de nuestra provincia han quedado restos, escasos pero fácilmente comprobables, de aragonesismos, catalanismos y otras corrientes, en una zona repoblada por castellanos fundamentalmente, tuvo también colonos de otras procedencias. Y, aunque pocos en número, dejaron su impronta y su influencia en una mayoría castellana. Me refiero a la zona del nordeste de la provincia, comprendida entre las cuencas del Júcar y el Cabriel.

Esta zona, casi despoblada en tiempos de los árabes, si exceptuamos las fortalezas de Alcalá del Júcar, Jorquera, Cubas y Gradién, fue reconquistada por Alfonso VIII en una campaña casi sentimental, en 1221.

Entre 1221 y 1241-42, en que se conquista Chinchilla, no tenemos noticias concretas de cómo pudieron hacerse los asentamientos de colonos en la zona conquistada por Alfonso VIII, pero es probable que se hicieran bajo el mandato de Alarcón, municipio castellano que había intervenido activamente en la conquista.

Alfonso X, en 1269, enviaba a tres jueces, entre ellos al famoso maestro Jacobo, colaborador del rey en "Las Partidas", para que delimitaran los términos de Chinchilla, Alarcón, Alcaraz, Tobarra, Almansa y Jorquera, lo que demuestra que la conquista era ya un hecho efectivo.

Sabemos que los tratados de Tudillén, Cazola, y más tarde el de Almisra (1244), fijó los límites de las áreas de influencia entre caste-

llanos, aragoneses y valencianos, pero no sabemos a expensas de qué municipios concretos pudo hacerse.

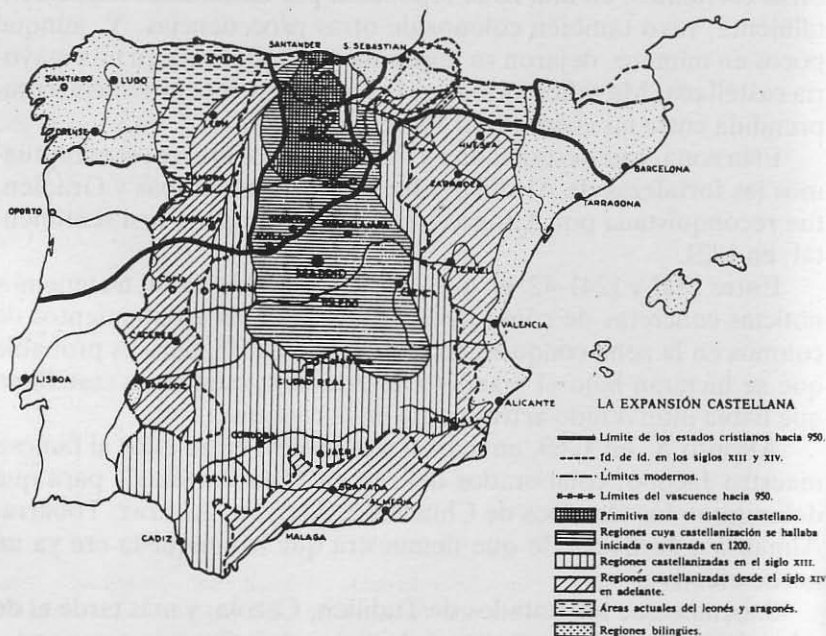
En cualquier caso, no se expulsó a la población musulmana por una razón de tipo práctico: Castilla no disponía en el XIII de los recursos humanos precisos para sustituir a los pobladores del territorio ocupado.

Tampoco los campesinos libres sentían demasiado deseo de abandonar sus tierras para ir a ocupar otras de mayor peligro por la proximidad de zonas en guerra.

Ocupados los reyes cristianos Fernando III y Alfonso X en la conquista de Andalucía, ocurrieron algunas revueltas de musulmanes murcianos que debían acatamiento al rey de Castilla.

Jaime I acudió en ayuda del rey castellano, reduciendo a los árabes, y tras repoblar la zona con catalanes y aragoneses la devolvió a Alfonso X en 1266. Este continuó la repoblación iniciada por Jaime I, aunque con criterios diferentes, lo que provocó ciertas tensiones que motivaron en el XIV alianzas entre murcianos y aragoneses contra Castilla, que acabaron en tratados de paz, por los que Jaime II renunciaba a la anexión de Murcia, pero tras haber tomado Alicante, que era pieza importante para el comercio de catalanes y aragoneses con el norte de Africa.

MAPA LINGÜÍSTICO DE RAFAEL LAPESA.- Historia de la Lengua Española.



Así, podemos observar en el mapa lingüístico de Lapesa, que las isoglosas del castellano entre el siglo XIII y XIV ya engloba la zona que estamos viendo, pero dentro de ella han quedado algunos restos aragoneses y catalanes fruto de la convivencia entre ambos pueblos.

Veamos algunos:

1) La evolución de las vocales latinas en aragonés, como en leonés, es vacilante, frente al castellano, que muestra mayor decisión a la hora de elegir la forma definitiva. Esto se manifiesta de diversas formas:

a) Una tendencia a la formación de diptongos por epéntesis o por asimilación/disimilación vocálica: silbiar, azaite, paine, grieda, raina, páice, tainá (tinada), etc.⁽¹⁾

b) Cambio en la colocación de acentos, que facilitarán, asimismo, la formación de diptongos: bául, máestro, etc.

c) Vacilaciones en cuanto al timbre vocálico: rasina, freile, etc.

2) También en la evolución de consonantes latinas, encontramos mayor vacilación en el castellano:

a) Las consonantes sordas intervocálicas sonorizan con regularidad; éste es uno de los primeros pasos que da el latín hispano, en su andadura hacia lo que sería el castellano. Frente a esto, el aragonés mantiene esas consonantes sordas, y en el habla albaceteña de la zona encontramos: cocote, pescatero, por ejemplo.

b) La vacilación en consonantes iniciales, nos lleva a encontrar merenjena, pantasma y a otro problema no resuelto en aragonés que es el paso de f-, a h- y luego a ø-. En castellano, la f- latina, se perdió salvo en los casos que seguía la diptongación de ě. El aragonés aún mantiene su f-, aunque siga esa vocal. En Albacete encontramos la voz fornel que, aunque parece venir de la voz catalana fornell, debería haber dado sólo el castellano hornillo, tal como dice el Diccionario de la RAE, proveniente del latín furnellus. Otra voz típica de la zona es ardacho, que, proveniente del valenciano fardacho, aquí sí ha perdido la f-.

c) Otra vacilación consonántica la representaría el caso de s- más vocal, que, como característica aragonesa, da una ç, (ortografía ch). Sibiläre, da el castellano silbar, pero en aragonés da chiflar, y con esta forma la encontramos en esta zona, junto a la palabra chulla, cuya procedencia latina es suilla.

d) Las consonantes sonoras intervocálicas siguen el mismo camino de debilitamiento que en castellano, pudiendo llegar a su desaparición. Tal es el caso de las terminaciones -ado, -ido, pero

(1) No pretende agotar el vocabulario recogido, sino sólo dar una muestra. Para mayor información véase mi tesina sobre "El Habla de Alborea", Departamento de Historia del Español, Universidad de Murcia.

también se pierde la -d- en calaordillo, envasaor, etc.

3) En la morfología, el aragonés nos ha dejado el sufijo, -ico, -ica para la formación del diminutivo; sufijo que compartimos con murcianos.

4) En cuanto al léxico, los repobladores castellanos y aragoneses eran fundamentalmente agricultores y ganaderos y los términos que nos dejaron pertenecen a esas áreas léxicas. Hoy que los medios de comunicación acercan unos pueblos a otros, también acercan el léxico y el vocabulario con la rápida incorporación de elementos y su consiguiente uniformidad. Pero, como muestras de aragonesismos, valencianismos, y murcianismos totalmente incorporados a la lengua coloquial, podríamos citar: alterón, arístín, bajoca, ballueca, dalla, desperifollar, esclafar, fallefa, melguizo, panocha, rosigón, yayo, etc.

Una vez más, vemos que la lengua es vehículo, instrumento de unión, de acercamiento entre los pueblos, y una vez más hacemos bueno el refrán: "Hablando, se entiende la gente".

BIBLIOGRAFIA

COROMINAS, Juan. *Diccionario Crítico y Etimológico de la Lengua Castellana*. Gredos. Madrid.

FUSTER RUIZ, Francisco. *Aspectos históricos, artísticos, sociales y económicos de la provincia de Albacete*. C.H.P.U.

LAPESA, Rafael. *Historia de la Lengua Española*. Escelicer. Madrid.

MARTIN, José Luis. *La Península en la Edad Media*. Teide, 1984.

MENENDEZ PIDAL, Ramón. *Manual de Gramática Histórica*. Espasa Calpe. Madrid.

QUILIS, Antonio. *El Habla de Albacete*. R.D.T.P. 1960.

R. A. E. *Diccionario de la Lengua Española*. Espasa Calpe. Madrid, 1970.

SERNA, José. *Cómo habla La Mancha*. 1983.

ZAMORA VICENTE, Alonso. *Dialectología Española*. Gredos. Madrid, 1974.